

LA FILOSOFÍA CRISTIANA: AGUSTÍN DE HIPONA

San Agustín es la figura más importante de la Patrística. Recogió la tradición anterior y tuvo una influencia fundamental en la historia del pensamiento occidental.

1. El personaje:

Agustín nace en Tagaste (la actual Souk-Ahras, Argelia) en 354 de padre pagano y madre cristiana (Mónica). Estudió retórica en Cartago y allí conoció una obra de Cicerón, hoy perdida: *El Hortensius*. Influido por su lectura, decidió “buscar la sabiduría”. Se dirigió entonces al Cristianismo pero la lectura de la Biblia le decepcionó por lo que se acercó al Maniqueísmo, doctrina que defendía la separación absoluta del bien y el mal y que tenía un marcado carácter materialista. Además, mezclaba elementos cristianos con otros paganos y utilizaba la metáfora de la luz para referirse a la sabiduría (tal como lo había hecho ya Platón). Tras nueve años de búsqueda, el maniqueísmo le desilusionó. Era una doctrina que defendía la pasividad del bien contra el mal, por lo que no había posibilidad de progresión moral.

En 383 se traslada a Roma y después a Milán en donde comienza su etapa escéptica: “*pensé que los filósofos académicos habían sido los más prudentes al tener como principio que se puede dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre*” (Confesiones, V, 10, 19).

Milán era entonces un centro cultural importante donde se conocía bien a Platón y a los neoplatónicos. Allí el obispo Ambrosio hacía una interpretación de la Biblia a la luz de las teorías neoplatónicas que convenció rápidamente a Agustín. Frente a la mayoría de filósofos griegos que eran materialistas, Platón y los neoplatónicos consideraban que tanto Dios como el alma eran de carácter inmaterial. Con ello y a través de Agustín, se introduce el inmaterialismo en el pensamiento occidental.

Finalmente, Agustín tomó de San Pablo la afirmación de que sólo la gracia de Cristo puede salvar al hombre.

Estos factores hicieron que en 387 fuera bautizado en Milán. En 388 vuelve a Tagaste y después se traslada a Hipona. En 391 recibe el orden sacerdotal y en 396 es consagrado Obispo de Hipona. Muere en 430.

2. Obras

San Agustín fue un escritor enormemente prolífico y fluctuante. Se encontraba demasiado comprometido personalmente con todo lo que escribía y eso le hizo no llegar a conclusiones definitivas. Por otra parte, se implicó enormemente en las polémicas y problemas de su tiempo.

De la época en que sólo era catecúmeno datan: *Contra Académicos*, *De beata vita*, *De immortalitate animae*, entre otras. Entre la fecha de su bautismo y su ordenación sacerdotal: *De quantitate animae*, *De libero arbitrio*, *De vera religione*. Una vez hecho ya sacerdote, sus obras se dedican a problemas teológicos: *De utilitate credendi*, *De Trinitate*, *Confessiones*, o *De civitate Dei*.

3. La búsqueda de la verdad

La doctrina de San Agustín es una síntesis del neoplatonismo y de la filosofía cristiana. Como dirá más tarde Sto Tomás, San Agustín representa el esfuerzo por “*seguir a los platónicos lo más lejos que permitía la fe católica*”. Su filosofía es una búsqueda hacia lo más interior de sí mismo y hacia lo más alto de la realidad.

Esa búsqueda de la verdad tiene que partir de la evidencia de sí mismo:

“Somos, conocemos que somos y amamos este ser y este conocer. Y en estas tres verdades no nos turba falsedad ni verosimilitud alguna.(...) sin ninguna imagen engañosa de fantasía o fantasmas, estamos ciertísimos de que somos, de que conocemos y de que amamos nuestro ser. En estas verdades me dan de lado todos los argumentos de los académicos que dicen: ¿Qué? ¿Y si te engañas? Pues si me engaño, existo. El que no existe, no puede engañarse y por eso si me engaño, existo”

La ciudad de Dios

Esta primera certeza (que yo existo) no es suficiente, sin embargo. San Agustín, como Sócrates y Platón, busca la verdad inmutable y eterna, la cual no puede ser facilitada por los objetos sensibles que están sometidos a cambios. Él cree que sólo Dios es la verdad por lo que hay que seguir buscando a partir de la única certeza de la que dispone en el interior del alma.

“No quieras derramarte fuera, entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior habita la verdad y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende”

Sobre la verdadera religión

En esa búsqueda de la verdad que va del exterior (las cosas) a lo interior (el alma), vamos descubriendo verdades, reglas o razones eternas que nos permiten juzgar sobre las cosas sensibles. Dado que no es posible que esas verdades eternas procedan del alma ya que ésta es mudable, han de encontrarse allí por *Iluminación divina*. (San Agustín no admite la teoría de la reminiscencia platónica). La búsqueda interior culmina así en un trascendimiento del alma hacia lo superior, esto es, hacia Dios. Para comprender el concepto agustiniano de “*iluminación*” habría que recordar la metáfora platónica del sol que simboliza la idea de bien. Así mismo, se inspira en la afirmación del Evangelio de San Juan: “*El Verbo es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*”.

4. La razón y la fe.

Para San Agustín la distinción entre razón y fe es difusa. Dios es *la Verdad* y su *iluminación* nos permite el conocimiento de cualquier verdad parcial. La fe es la vía de

conocimiento más segura. Dios se ha revelado a los hombres y la aceptación de esta revelación nos permite comprender la verdad: *Si no creéis, no comprenderéis*.

Sin embargo, la inversa también es cierta: a veces la razón puede preceder a la fe, no para demostrar las verdades reveladas (lo cual es imposible) sino para mostrar que es razonable creer. *“Intellige ut credas, crede ut intelligas”* (*“Comprende para creer y cree para comprender”*). La fe, por lo tanto, no está reñida con la razón sino que debe buscar la comprensión de la fe.

5. Dios y la creación

Cuando San Agustín se propone demostrar la existencia de Dios, coherentemente con la búsqueda de la verdad en el interior del alma humana, no va a elaborar argumentos tomados de la realidad externa. Para él la auténtica prueba de la existencia de Dios parte de las ideas. Dado que descubrimos en nuestra alma verdades inmutables a pesar de nuestra mutabilidad, éstas deben provenir de un Ser que sea inmutable y este Ser es Dios.

“Tú me habías concedido que, si te demostraba que hay algo superior a nuestra inteligencia, confesarías que ese algo es Dios, si es que hay algo superior. Yo, aceptando esta confesión, te dije que bastaba, en efecto, demostrar esto: porque si hay algo más excelente, esto será precisamente Dios, y si no lo hay, la misma verdad es Dios. Haya, pues, o no haya algo más excelente, no podrás negar que Dios existe, que era la cuestión que nos habíamos propuesto tratar y discutir”

Del libre arbitrio

Así pues, la búsqueda de la verdad en el interior de nuestra alma, nos conduce a Dios pero eso no significa que podamos conocer su naturaleza. Ésta es infinita y nuestra alma finita. Sólo podemos acercarnos a su conocimiento por analogía. Es decir, negando las cualidades humanas que son limitadas. Por ejemplo, si sabemos que los seres creados son mutables, deberemos concluir que Dios es inmutable.

Así Dios es el ser inmutable (*“Yo soy el que soy”*). Dios es el que es, es el Ser que no cambia, la esencia inmutable. *“Sólo aquel que no cambia ni puede cambiar es verdaderamente el Ser”*.

Dios ha creado todos los seres mutables y lo ha hecho de la nada (a diferencia del concepto griego de creación). Dios crea el mundo y con él, el tiempo. Antes de la creación de las cosas mutables no había tiempo. Por tanto, Dios crea el mundo de una vez. En la mente divina están las ideas o modelos arquetípicos de todas las cosas posibles. Ha depositado en la materia los gérmenes de todos los seres futuros que irán apareciendo cuando Él disponga.

Dios es, pues, absolutamente *trascendente*, es decir, no forma parte del mundo creado. Aunque su teoría de la creación utiliza algunas nociones platónicas, sin embargo, en ella se aprecian divergencias importantes. Dios crea a partir de la nada y no a partir de una materia eterna. Además, los prototipos de los seres creados no están en el mundo de las ideas sino en la mente divina. Sólo existen, pues, Dios y el mundo.

6. Antropología

La antropología agustiniana es de raíz platónica aunque con matices diferentes. Como en Platón, el hombre está compuesto por dos sustancias distintas, una espiritual y otra material. Sin embargo, Agustín, desea hacer hincapié en la espiritualidad humana por lo que define al hombre como “*un alma racional que se sirve de un cuerpo mortal*”.

A su vez, distingue dos aspectos del alma: lo que llama **razón inferior** y la **razón superior**. La primera tiene por objeto la **ciencia**, es decir, el conocimiento de las realidades sensibles y sujetas a cambios. El conocimiento del mundo físico es necesario para atender a nuestras necesidades físicas y mortales. Por su parte, la razón superior tiene como objeto la sabiduría, el conocimiento de lo inteligible, de las ideas con el fin de elevarse hasta Dios. Esta razón superior, por tanto, no conduce a la iluminación divina.

Si las similitudes con la doctrina platónica son evidentes en este aspecto, a partir de aquí se marcan las diferencias. San Agustín niega la teoría de la transmigración de las almas y de su preexistencia antes de habitar un cuerpo. Las exigencias de la fe cristiana se lo impiden. Por eso, resuelve el problema de la transmisión del pecado original (¿cómo se transmite el pecado original?) por medio del **traducianismo**, doctrina según la cual las almas de los hijos provienen de las de los padres.

Frente a la filosofía griega que mantenía, en general, un intelectualismo moral según el cual, nadie obra mal a sabiendas y, por lo tanto, el mal es fruto de la ignorancia de quien actúa que le induce a pensar que su conducta es la mejor, San Agustín tiene que enfrentarse al hecho de que el hombre es libre de elegir entre el bien y el mal.

Para Agustín, la voluntad tiende necesariamente a la felicidad, que es Dios. Sin embargo, el hombre carece de una visión adecuada de Dios y a menudo se engaña con los bienes mutables en vez de tender al único bien inmutable. Cuando esto ocurre, el hombre se aleja del único objeto que produce verdadera felicidad y es responsable de ello ya que es resultado de su propia decisión libre.

La libertad es pues una experiencia dramática, pues el hombre se siente atraído por lo sensible que inclina al hombre hacia el mal y la gracia que lo empuja hacia el bien.

Por último, queda por resolver el problema de la existencia del mal. Si Dios es el creador y absoluta bondad ¿cómo es posible que exista el mal? Para resolverlo, San Agustín se apoya en la definición del neoplatónico Plotino. Según éste, el mal no es nada real sino ausencia de bien. Al no ser algo positivo, no puede ser atribuido a Dios ni a una causa o principio del mal (como habían hecho los maniqueos). Esta doctrina fue unánimemente aceptada por los filósofos cristianos.

7. El Estado y la Historia. La ciudad de Dios.

San Agustín es el primer pensador que analizó el sentido de la Historia. Recoge los hechos históricos y pretende darles una interpretación. Pero como es obvio, San Agustín pretende encontrar en la Historia un sentido cristiano. Se puede decir, por tanto, que lo que hace es una Teología de la Historia. No podemos olvidar que el Cristianismo

considera la Historia Universal como el escenario en el que Dios se manifiesta a los hombres y donde tiene lugar la salvación. La Historia es la Historia de la salvación.

La perspectiva que San Agustín utiliza a la hora de analizar la historia es de tipo moral. Así él distingue dos categorías de hombres: los que se quieren a sí mismos hasta despreciar a Dios y los que aman a Dios hasta el desprecio de sí mismo. Los primeros constituyen la ciudad terrena y los segundos la ciudad de Dios.

Aunque una interpretación apresurada nos podría llevar a identificar la ciudad terrena con el Estado y la ciudad de Dios con la Iglesia, no es ése el sentido que tiene la distinción. Las dos ciudades se encuentran mezcladas y la separación de las dos clases de hombres sólo tendrá lugar al final de la Historia.

En cualquier caso, lo que sí parece claro es que San Agustín cree que un Estado sólo alcanzará la justicia cuando esté inspirado en las directrices cristianas. Esta idea se podría entender como la defensa de la primacía de la Iglesia sobre el Estado. La Iglesia ha de conformar moralmente al Estado, ya que, al estar inspirada en las verdades y principios del cristianismo, es la única sociedad perfecta. Esta interpretación fue la que presidió las relaciones Iglesia- Estado a lo largo de toda la Edad Media.